

PRESENTACIÓN

Hace más de treinta años Carlos Pujol publicaba con Ediciones Rialp *La casa de los santos. Un santo para cada día del año*. Enseguida se convirtió en un título muy popular. En muchas casas se recuerda ese volumen con un aldabón en la portada, como puerta de entrada de casa acogedora. Un buen puñado de relatos que son parte de nuestro patrimonio narrativo. Lamentablemente el libro llevaba varios años descatalogado y era prácticamente imposible encontrarlo en las librerías de viejo.

En el prólogo de aquella edición, Carlos Cardona, buen amigo de Pujol, subrayaba que esa recopilación de vidas de santos, ordenadas según el calendario y según el día que la Iglesia celebra cada uno de ellos, afirma la constancia de Dios en la vida de los hombres: una tangencia de eternidad y una llamada.

Hoy, esta edición quiere recoger ese testigo. Y lo hace incluyendo, además, algunos santos que han sido canonizados en estos años, cuyas biografías se han encomendado a amigos y admiradores de Carlos Pujol. A todos ellos se les propuso, sin negar el propio estilo

de cada uno, emular esa manera del escritor barcelonés de recoger en un folio un destello para cada santo, «con la amable sonrisa del que sabe que todo acabará bien». Por último, este volumen incluye un anexo de los beatos de la ACdP, institución que ha impulsado este proyecto.

En todo el proceso de elaboración del libro hemos contado con la generosa ayuda y colaboración de Marta Lagarriga, Teresa Vallès y Dorina Gutiérrez a quienes queremos expresar nuestro más sincero agradecimiento.

Los editores.



La casa de los santos se abre con un doble signo de paz, que es lo suyo, y con las menos palabras posibles, tan gastadas por el uso barato y engañoso de las gentes; paz activa y resuelta que no es invención propia, sino pálido reflejo provisional de la gran esperanza.

Aunque todos los santos son pacíficos y por eso se nos asegura que serán llamados hijos de Dios, los hay que se consagran especialmente a esta tarea, como los dos de este primer día de enero, que se asoman al umbral del año para anunciar el carácter de su vida.

Odilón, abad de Cluny cuando los supuestos terrores del año mil, tenía un talante muy compasivo («prefiero condenarme por mi misericordia que por mi dureza»), y se le atribuye la tregua de Dios, que paliaba la crueldad de las guerras; a esta iniciativa unió la de la fiesta de los fieles difuntos, abarcando así la triple paz que contempla la fe, la interior, la del mundo y la de la eterna gloria.

Almaquio, también llamado Telémaco, completó la exigencia de paz hasta el martirio. Era un monje oriental que, encontrándose en Roma, al ver el espectáculo sangriento del circo se arrojó impetuosamente a la arena para interrumpirlo y murió víctima de las fieras o a manos de los gladiadores (según otros, lapidado por el público, que no se resignaba a quedarse sin diversión). Entonces el emperador Honorio prohibió tan bárbaros festejos.

Con sus nombres raros y olvidados, Almaquio y Odilón deberían ser patronos de los pacifistas modernos, a quienes podrían enseñar unas cuantas cosas: que la paz bien entendida empieza por uno mismo, que es ilusorio aspirar a algo más que a una tregua y que no hay tal paz si no se reconoce en ella una sombra invisible del amor de Dios.

Uno de los numerosos anacoretas de este mes, que muestra predilección por los barbudos y solitarios hombres del desierto cuya durísima ascesis casi resulta inverosímil. De Macario, de quien se cree saber que hasta los cuarenta años fue mercader de frutas y confitería (de ahí que en la antigüedad se le considerara patrón de los confiteros), se cuentan rasgos de una austeridad tan rigurosa, ayunos, mortificaciones y vigiliass tan formidables, que todo en él parece sobrehumano.

Pero este tenaz combatiente de su propio cuerpo («le estoy atormentando porque él me atormenta mucho a mí») hacía honor a su nombre, que en griego quiere decir feliz, y fue por paradoja sano y alegre, con detalles de delicadez franciscana como la penitencia que se impuso por aplastar un mosquito o el episodio del cachorrillo ciego de una hiena al que devolvió la vista humedeciéndole los ojos con su saliva.

Hombre memorable para epicúreos y obsesos que se torturan para conservar la línea, luego a vivir casi un siglo, y el dominio de su cuerpo, al final dócil como un animalillo antes feroz amaestrado a golpes, le dio lucidez para burlar una tentación demoníaca contra la obediencia, ya que el Diabolo le sugirió que sería más útil abandonar el desierto y dedicarse a cuidar enfermos en un hospital. Ya es sabida que nadie más filantrópico que Satanás.

¿De qué sirve macerarse, privarse, anonadarse? Tentación humanitaria que debía de ser la más insidiosa de todas porque halaga vistiéndose de caridad. Macario el domador de sí mismo, no cayó en la trampa y con un soberbio desdén por los argumentos pragmáticos, que suelen apestar a azufre, perseveró en su decisión, barriendo de su mente aquella idea como había barrido la nostalgia de las dulzuras propias de su antiguo oficio.

Los nombres son solemnes, rebosan dignidad, pompa oriental, sabiduría teológica; como corresponde a dos doctores de la Iglesia griega, obispos y ascetas a un tiempo, a los que el calendario junta como para reanudar una entrañable amistad rota por oscuras que-rellas de hace muchos siglos.

Eran dos almas gemelas, como suele decirse: de la misma edad, los dos naturales de Capadocia, hijos y hermanos de otros santos, y además primero condiscípulos y más tarde compañeros que buscan la perfección entre los monjes de Annesi, en el Ponto.

Gregorio y Basilio están ávidos de soledad, de vida espiritual, de estudio, y paralelamente ambos verán contrariada esta vocación y tendrán que salir de su retiro para ser obispos, batallar con los arrianos y con los césares, y capear tiempos muy duros de la Iglesia.

Les vemos aureolados de oro, con la pluma en la mano (a san Basilio también con la paloma del Espíritu santo visible posada sobre el hombro), la barba fluvial, envueltos en los rígidos pliegues de sus ropajes, sabios y ardientes en la fe, como si fueran de otro mundo, casi angélicos en virtud, ciencia y autoridad.

Vistos de cerca se humanizan; de san Basilio sabemos que era incorregiblemente testarudo y temerario; de Gregorio se conocen finos matices de su intimidad por cartas y un poema autobiográfico; y nos gusta recordarlos en sus años juveniles, cuando estudiaban juntos en «la dorada Atenas», o luego en Annesi, inseparables.

Hasta que san Basilio, obispo contra su voluntad, hizo a su vez obispo de Sasima a Gregorio, también a pesar suyo, y sus relaciones se enturbian; tres años después de morir Basilio, su amigo le dedica un gran panegírico recordando con emoción tantos afanes comunes que hoy se evocan también en este mismo día.

Pastorcilla de Nanterre, patrona de París, santa de la guarda de la vieja ciudad, cerca de la cual nació cuando Lutecia era un humilde villorrio junto al río, con casas desbordándose por la falda de una colina que hoy lleva el nombre de la pastora. O quizá no pastora, dicen los más enterados, ya que es casi seguro que procedía de una familia de posición.

En cualquier caso, al amparo de San Germán de Auxerre fue una virgen consagrada a Dios que en tiempos turbulentos protegió a la ciudad cuando primero los hunos y luego los francos estaban a punto de arrasarla. Inerme Juana de Arco merovingia, doncella que salió al paso de Atila e hizo desviar sus hordas.

Las profecías y los milagros la envuelven, y su fama llega muy lejos: Simeón Estilita, desde lo alto de su columna en el desierto sirio, al ver a galos entre la multitud que acude a visitarle, les pregunta por Genoveva, de la que ha oído hablar. Cuando París era capital de santidad en el mundo.

Mucho después de su muerte va a seguir defendiendo a la ciudad, a menudo ingrata, de la destrucción y la peste, pero ninguna de sus dos iglesias parisienses subsiste hoy y la Revolución aventó sus cenizas. La cándida y prodigiosa historia de Genoveva se ha olvidado, de ella no queda más que el nombre de una colina en medio de París.

Su Nanterre natal evoca solamente la agitación estudiantil, Lutecia es irreconocible en el monstruoso París de ahora, pero a pesar del estrépito de la modernidad, cuando se hace el silencio es la voz de la santa, como decía Péguy, su gran devoto:

No hablarás más que tú cuando todo se calle, y
Dios nunca ha quitado la palabra a sus santos.

La primera norteamericana, de canonización reciente (1975), es esta mujer que en su corta vida, cuarenta y tantos años, conoció situaciones tan distintas e imprevisibles; en los Estados Unidos de aquellos tiempos fue como un regalo insólito de la Providencia.

Nace en Nueva York casi con la independencia del país, vive en un ambiente de fortísima tradición protestante y se casa con Richard Seton, fundando una familia en la que abundan la riqueza y la felicidad. En Baltimore, Mrs. Seton, madre de cinco hijos, es una esposa ejemplar, respetable, entregada a sus deberes domésticos.

De pronto se acumulan los desastres, la fortuna se evapora, el marido enferma gravemente y por fin muere en Italia tras un desesperado intento de recobrar la salud; y en Livorno los Filicchi, que habían mantenido relaciones comerciales con los Seton, acogen a la viuda, quien descubre así el catolicismo.

Después de regresar a su patria, sus dudas religiosas se despejan súbitamente, y a pesar de que esta conversión escandaliza a los que la rodean, venciendo oposiciones que llegan a la amenaza se hace católica. «¡Oh, Dios mío, déjame descansar aquí!», exclama un miércoles de ceniza cuando en vez de ir al templo episcopaliano entra en la modesta iglesia de san Pedro de Baltimore.

Aunque no tiene dinero y en medio de la hostilidad familiar ha de sacar adelante a cinco hijos, no es el descanso lo que elige, al contrario; en vez de replegarse, se dedica a aliviar los males ajenos, funda las Hermanas americanas de la Caridad y llena el país de colegios y hospitales. «Déjame descansar aquí» no se refería a estar cómoda.

Este asceta de Siria es el santo que produce una sensación mayor de extravagancia. Muy joven aún, deseando ser perfecto, se sometió a crueles penitencias y llegó a tapiarse en la soledad de un monasterio abandonado cerca de Antioquía, encadenándose al pie de una roca. Pero no se dio por satisfecho y buscó la manera de que no le importunasen los curiosos y peregrinos que atraía la fama de su santidad.

Así acabó en pleno desierto en lo alto de una columna, donde iba a permanecer treinta y siete años como un vigía solitario. Sin pisar el suelo, apenas sin comer ni dormir, ante la inmensidad de arena, viviendo tan cerca de los pájaros que, según la leyenda, adquirió la facultad de volar, eso sí, regresando siempre a su columna como las aves vuelven al nido.

Esta última anécdota es fantástica, pero no así su larguísima estancia encaramado en el «estilos» –en griego columna–, que atestiguan numerosas referencias. La singularidad del hecho ha estimulado la imaginación de nuestros contemporáneos, como vemos por una irreverente película de Buñuel y ciertos pasajes entre irónicos y piadosos de una novela de Perucho.

Después de enterrarse voluntariamente anticipando la tumba, la elevación como otra forma de aislamiento, buscar a Dios en lo más hondo y en lo más alto; sin olvidarse de los hombres, porque desde allí, Simeón infatigable rezador, predicaba a las muchedumbres, resolvía pleitos, aconsejaba a soberanos, siempre sin abandonar su posición incomodísima.

En esta historia que tiene un aire tan extraño, por encima del sentido común Simeón otea la divinidad más arriba que los demás mortales.

Un explosivo escritor católico resumió así la historia: tres sabios despistados llenos de buena voluntad van a adorar al Niño Dios, guiándose por su conocimiento de las estrellas tardan mucho en llegar, piden información a Herodes, provocando la matanza de los Inocentes, en Belén son los últimos y ofrecen a Jesús suntuosos regalos absolutamente inútiles.

La caricatura es cruel, pero en ella hay que reconocer a los que llaman intelectuales, sabios, magos. También reyes, porque saber es otra forma de poder, de autoridad. Pero si los grandes de este mundo no están bien vistos por el Cielo, de los sabios el propio Hijo de Dios dice algo terrible: «Yo te alabo, Padre, porque ocultaste estas cosas a los sabios y las revelaste a los ignorantes».

Sentencia, que está en san Mateo y que es como para renunciar a cualquier orgullo intelectual. La alegoría no deja lugar a dudas: también ellos tienen derecho a la adoración, porque se llama a todos, pero ésta será a su manera, que es torpe, técnica y catastrófica. En Melchor, Gaspar y Baltasar se retrata muy bien a los hombres que saben.

No merecen el aviso del ángel, como los humildes pastores que están tan cerca del portal, ellos vienen de muy lejos, guiándose por su ciencia, porque son expertos en estrellas; salvemos la ardiente búsqueda que les caracteriza, el afán de un largo viaje persiguiendo extraños indicios de Dios y la humildad con que doblan la rodilla y adoran al que saben ver, sabios al fin, como la salvación.

Por eso, aunque son los últimos en llegar con las manos repletas de naderías (cada cual da lo que tiene, y ellos, arquetipos del intelectual, aportan su inquietud, brillantes palabras y humo de ideas), sin dejar de ser magos son también santos nuestros por peregrinar hasta Belén y allí abatir la cabeza ante un Niño.

Uno de los grandes dominicos de la Edad Media, maestro general de su orden, canonista importantísimo, «confesor de reyes y papas» (Jaime I de Aragón y Gregorio IX) según una canción popular, cofundador de la Merced, muy preocupado por convertir a judíos y musulmanes –a petición suya santo Tomás redactó la *Summa contra gentiles*–, autor de un famoso manual para uso de confesores...

En los cien años que abarca su vida Raimundo tuvo una inmensa actividad, y se nos aparece como la imagen de la eficiencia, como un organizador genial que se consagró a poner orden en la Iglesia y en el mundo; con el Evangelio en una mano y el Derecho en la otra, su doble objetivo fue cristianizar a la humanidad y ordenar de la manera más justa el funcionamiento de la Iglesia.

Contemplamos su rostro macizo y firme, con una frente capaz y obstinada, en la estatua yacente de su sepulcro en la catedral de Barcelona (tan distinto de la expresión abstraída y melancólica que le pintó fra Angélico en el convento florentino de san Marcos), y uno se pregunta cómo debía de ser por dentro ese hombre de leyes, de consejo y de gobierno.

Nunca lo sabremos, seguirá siendo una figura un poco fría y distante, uno de esos santos opacos, absorbidos por tareas colosales y a menudo prosaicas que recubren su intimidad y sólo permiten ver la obra. Una leyenda le supone navegando desde el puerto mallorquín de Sóller hasta Barcelona encima de su capa, con el bastón a manera de mástil, pero incluso esta pincelada milagrosa resulta exterior. Raimundo se oculta tras de su quehacer, trabaja portentosamente durante casi un siglo y reserva los secretos de su alma para Dios, hurtándose a nuestra curiosidad, dejándonos tan sólo el enigma humano de ese rostro ciego en su estatua.

Cuando los niños se proponen imitar un modelo de vida suelen fijarse en un personaje triunfal y grandioso, pero el pequeño Gian Carlo, de Sezze, al sur de Roma, de familia pobre y que se dedicaba a cuidar ovejas, quería ser como Salvador de Horta y Pascual Bailón, dos frailecitos españoles, entonces sólo beatificados, que no pasaron de legos de la orden franciscana.

Con este ideal de humildad y servicio oscuro se hizo también lego franciscano, y aunque creyó sentir la llamada de las misiones para propagar la fe más allá de los mares, una grave enfermedad le retuvo en su tierra del Lacio, de un convento a otro, hasta acabar en la ciudad de Roma.

Allí, en San Pietro in Montorio, en el Janículo, y en San Francesco a Ripa, en el Trastévere (donde hoy se veneran sus restos), no pasó de las actividades más modestas: cuidar enfermos, hacer de sacristán, pedir limosna. Incluso dentro de su orden era un don nadie, pero resulta que hacía estupendos milagros, como si Dios se complaciera en no respetar el escalafón de las dignidades eclesiásticas.

Durante una misa, al elevarse la Hostia de ella partió un rayo luminoso que le hirió en el pecho hasta penetrar en su corazón (que se conserva incorrupto con la señal de la cruz en la víscera) y, a pesar de tener muy pocos estudios, escribió libros admirables de profundidad mística, como *Las grandezas de la misericordia de Dios*.

Juan XXIII le canonizó en 1959, honrando en nombre de la Iglesia la singularidad del más humilde de los ideales vividos como una entrega anónima y alegre.

Un personaje de origen desconocido, eremita sin patria que se niega a decir el lugar de su nacimiento; viene de Oriente y conoce muy bien Egipto y Tierra Santa, pero no quiere hablar de sí mismo, su pasado es un misterio.

No es sacerdote ni está investido de ninguna autoridad, pero al poco de llegar a la región danubiana, aquella Nórico que corresponde aproximadamente a la Austria actual y que era camino obligado de las invasiones bárbaras, todo el mundo le reverencia y le obedece.

Cristianiza las orillas del Danubio desde Viena a Passau fortaleciendo la fe de los indígenas, amansando sorprendentemente a los feroces guerreros que cruzan aquellas tierras en busca del sur (Odoacro, rey de los hérulos, que pronto será dueño y señor de toda Italia, sentía por él un gran respeto) y poniendo las bases de un orden y una civilización que sirvieran de dique a la tumultuosidad de los tiempos.

Se niega a ser obispo, pero funda monasterios, rescata cautivos, sustenta a los pobres, es un vivo ejemplo de caridad, robustece la disciplina e incluso se muestra experto en cuestiones militares, organizando retiradas estratégicas. Anuncia la vida eterna y se ocupa al máximo de la presente, y al morir los que le han conocido se sentirán huérfanos.

Un barrio de Viena, Sievering, le debe su nombre, y Austria le reconoce como su primer apóstol, pero en el siglo X sus restos fueron llevados a Nápoles, donde aún se veneran.

Todos los visitantes de Bruselas conocen su catedral dedicada a esta virgen brabantona que es también patrona de la ciudad, pero fuera de Bélgica es muy poco conocida, y a muchos su nombre les sonará a extraño y bárbaro, como la oscura y lejana época en que vivió.

Su indecisa silueta aparece en medio de una constelación familiar de santos: hija de santa Amalberga, ahijada de santa Gertrudis de Nivelles y hermana de san Aldeberto y santa Reinalda, se educó en el convento de Nivelles y luego vivió con sus padres en Ham, cerca de Alost, enteramente dedicada a la piedad y a las buenas obras.

Colaboró con su hermano en las misiones de éste por el Brabante, y se la atribuyen infinidad de milagros, como el del niño mudo que recobró el habla en sus brazos y la curación de una leprosa. A su muerte un larguísimo cortejo de pobres, recordando su generosidad, se sumó al entierro.

Pero es una anécdota más o menos legendaria de su juventud la que le identifica visualmente con el atributo de la linterna: dicese que a media noche se levantaba para hacer sus devociones alumbrándose con una linterna o farol (según otras fuentes salía de su casa para ir a la iglesia antes del amanecer), y Satán le apagaba siempre la luz con un rabioso soplo, después de lo cual la oración de la santa volvía a encenderla.

Por eso la vemos representada con una linterna en la mano, como una de las vírgenes prudentes que no sólo cuidan de que no falte aceite para su lámpara mientras esperan al Esposo, sino que además confían en la oración para vencer al Maligno con la luz milagrosa que ilumina la noche de este mundo.

Era un mozárabe cordobés, «vástago de una nobilísima familia senatorial», según su amigo Álvaro, muy arraigado en la tradición cristiana de su ciudad: su maestro el abad Esperaindeo, la iglesia de san Zoilo, toda la comunidad cordobesa, como una isla en tierras musulmanas, forman parte esencial de la vida de este hombre, que se ordena a los veinticinco años con más espíritu de monje que de clérigo.

Su vocación es la soledad, el rezo y el estudio, los coloquios con Dios y la lectura. Ejemplarmente piadoso y ávido de saber. «¿Qué escritos de católicos, filósofos herejes y gentiles ignoró?», se pregunta Álvaro. Hasta que llegan tiempos de persecución en los que parece que no hay más salida que el martirio.

¿Había que buscar el martirio? Eulogio vacila en medio de la confusión creada por el arzobispo Recafredo, instrumento de los musulmanes, pastor vendido y acomodaticio al que Álvaro llama crudamente «aquel enemigo sin conciencia». Casi se produce un cisma, hay mártires, otros se adaptan en un momento de incertidumbre y dudas.

Es entonces cuando Eulogio emprende su viaje a Navarra, donde descubre algo capital para formar su criterio: España no se ha perdido del todo para la fe, existe en el norte una cristiandad muy sólida y rica en cultura. Así, vuelve a Córdoba fortalecido por la experiencia y con numerosos libros que se desconocían en Al Andalus.

Su firme actitud provoca su encarcelamiento (en prisión «enseñó a hacer composiciones poéticas con pies métricos que no conocían los más doctos de España») y por fin el martirio. En su epitafio se lee: «Quitemnes fluida... Por despreciar las cosas caducas del siglo –él, entusiasta de san Agustín, así como de Virgilio, Horacio y Juvenal–, se remontó hasta los esplendores del Cielo; no pereció al morir, sino que vive en la mansión perenne».